

guida por Pablo VI, que el Papa Montini consideraba un esfuerzo necesario.

La intervención de la Santa Sede en la política internacional estaba justificada por la necesaria defensa de los derechos humanos y de la libertad religiosa en aquellos países en que se vivía bajo la opresión de regímenes totalitarios. Al mismo tiempo, su posición mantenía una total autonomía en materia política y económica, bien lejos de cualquier forma de alineamiento con el llamado "imperialismo americano": acusación recurrente de parte comunista sobre todo en años anteriores.

A juicio de Barberini, la *Ostpolitik* agotó progresivamente su función después de haber abierto la vía a relaciones estables y cada vez más constructivas con la Santa Sede. «Con Juan Pablo II, con el que el card. Casaroli cubrió con autoridad por otro decenio el oficio de Secretario de Estado, dos nuevos objetivos entraron en la política internacional de la Santa Sede: trabajar por aquello que el card. Casaroli [...] ha llamado la continua erosión de los sistemas marxistas-leninistas sobre todo en su vigor ideológico y en su fuerza de convicción y de seducción; y al mismo tiempo, presentar las líneas guía para la recomposición y después para una reunificación del continente europeo fundada también sobre un nuevo rol del cristianismo eslavo, lanzando un desafío a los regímenes totalitarios que mortificaban la dignidad de la persona humana. Eran dos objetivos sustancialmente nuevos, que no podían considerarse como una consecuencia y como un desarrollo audaz de la política perseguida por la Santa Sede en los años sesenta/setenta del 1900. El éxito final de esta política ha sorprendido a todo el mundo» (p. 45).

En definitiva, al centrarse en la vida diplomática de monseñor Agostino Casaroli, esta sintética obra ofrece las claves para entender las relaciones diplomáticas de la Santa Sede entre los años 60 y 70 del siglo xx en el ámbito de los países comunistas tras el telón de acero. A la vez, da razón de la importancia y actualidad de su papel en el escenario internacional.

M. FUSTER CANCIO

J. BELDA PLANS, *Historia de la Teología*, Palabra, Madrid 2010, pp. 316.

PARA configurar la estructura de este manual de Historia de la Teología – materia a la que se dedica desde hace cerca de cuarenta años –, el profesor Juan Belda adoptó dos decisiones importantes. De una parte, abarcar la totalidad de la historia de ese ramo del saber, desde la época de los Padres hasta nuestros días, apartándose así de la tendencia, asumida por otros manuales, consistente en remitir el estudio de la Teología de los primeros siglos a los tratados de Patrología e iniciar la historia de la Teología a partir del medioevo. En cambio el profesor Belda comienza, como acabamos de decir, con el estudio de la Teología en los Padres, aunque les dedica un espacio más bien reducido, lo que hace que no se aleje del todo del uso académico que condiciona otros manualistas.

En segundo lugar – y esta es, sin duda, la decisión más importante –, enfoca la historia del saber teológico no como una historia de los contenidos que han ido desarrollando unos u otros autores, sino como una historia de la evolución del método teológico. En esta opción – que nos parece acertada – ha influido sin duda su trayectoria intelectual. Inició, en efecto, su dedicación teológica estudiando a los autores de la Escuela de Salamanca y, especialmente, a Melchor Cano y su *De locis theologicis*, del que, ya cerca de nuestros días, en el año 2006, ha publicado una traducción al castellano.

Se trata, por lo demás, de una opción que, así lo manifiesta el libro, ha sido desarrollada con claridad y maestría. Sus líneas generales son esbozadas en el capítulo primero,

de carácter introductorio, donde se incluyen además unas páginas (pp. 16-21) destinadas a proponer una periodización de la historia de la Teología a la que luego, mediante una adecuada división en partes y en capítulos, se ajusta la exposición.

La primera parte (capítulos 2 y 3), titulada "Punto de partida de la Teología (siglos II-XI)" se ocupa no sólo de la teología patristica sino también del teologizar monástico, decisión correcta, sea en general, sea particularmente desde la perspectiva del método, que es la adoptada por Belda, ya que la continuidad metodológica entre los Padres y los autores del primer medioevo es clara.

En los siglos XII y XIII se produjo un gran cambio metodológico, tal vez el mayor de los que se han producido en el transcurso de la historia del pensar teológico. "La Teología se hace ciencia. La escolástica (siglos XI-XV)" es el título que recibe la segunda parte (capítulos 4 a 6). El núcleo de esta parte está constituido por el capítulo 5, dedicado al siglo de oro de la escolástica, con particular atención a lo que Belda designa como "la revolución albertino-tomista". El capítulo que le precede, y el que le sigue, estudian, respectivamente, los prolegómenos de esa revolución y la decadencia en la que, por diversas razones -atribuye especial importancia al abuso de la dialéctica y a la contraposición entre escuelas-, cayó la escolástica en la etapa final de la Edad Media y los inicios de la Moderna.

Gran conocedor y admirador, como dijimos, de la Escuela de Salamanca no vacila en atribuir a sus representantes el calificativo de promotores de un nuevo inicio, de un verdadero despertar, en el quehacer teológico. "Teología humanista y barroca (siglos XVI-XVII)" tal es el título de la tercera parte (capítulos 7 a 9). El primero de los tres capítulos que la componen es, a nuestro parecer, el más importante. Ahí, en efecto, el Prof. Belda analiza el renacer teológico que tuvo lugar en la España del siglo XVI mostrando la íntima compenetración entre la metodología escolástica y los ideales humanistas, que se alcanzó en las Universidades de Salamanca y de Alcalá. Los dos capítulos siguientes, se sitúan en el contexto de la ruptura de la unidad eclesial, considerando primero la teología protestante y después la católico-barroca.

La parte cuarta (capítulos 10 y 11) se titula "Teología ilustrada racionalista (siglo XVIII)". En realidad, la exposición va más allá de la fecha indicada en el título, pues llega hasta la teología protestante liberal, adentrándose así en el siglo XIX y rozando los inicios del XX. Lo que ofrece unidad a esta parte es, en efecto, no tanto la cronología, cuanto lo acontecido: es decir, la decadencia de la teología, hasta llegar a su estancamiento (como ocurre en la escolástica católica) o incluso a su casi desaparición (como ocurre en el pensamiento protestante liberal). Juan Belda decide estudiar esa crisis llegando hasta su consumación, despejando así el campo para poder ocuparse con detalle del resurgir posterior.

La parte quinta, con un único capítulo (el 12), se ocupa, en efecto, de "La renovación de la Teología", y más concretamente de la renovación acontecida en el seno de la Teología católica. Y esto no sólo como fruto de la escuela católico de Tubinga y del movimiento de Oxford, sino también - Juan Belda quiere dejar buena constancia de ello - como consecuencia del renacer de la escolástica. Esta seguía encontrándose, en los inicios del siglo XIX, todavía en una situación de decadencia, pero poco a poco se fue abriendo camino la idea de una vuelta a los grandes maestros medievales, especialmente a Tomás de Aquino, lo que orientaba en una dirección constructiva que no tardó en dar fruto.

"Búsqueda de un nuevo modelo teológico". Estas palabras constituyen el título de la sexta y última parte del libro. A lo largo de cuatro capítulos, va pasando revista a la

teología católica en la primera parte del siglo xx hasta llegar al Concilio Vaticano II y los años posconciliares (capítulos 13 y 14) y a la teología protestante (capítulo 15), para concluir (capítulo 16) analizando la figura y el pensamiento de algunos de los que califica como “grandes maestros de la teología contemporánea”: Guardini, Congar, Henri de Lubac, Rahner, von Balthasar, Santiago Ramírez (no incluye a Ratzinger, pero de él, y de su aportación a la renovación de la teología, se ha ocupado al final del capítulo 14, dedicándole tres largas páginas).

El concepto de “búsqueda de un nuevo modelo teológico”, que da el tono de la sexta y última parte, define bien la situación de la teología en el siglo xx y en los inicios del xxi, ya que ningún modo de enfocar y desarrollar la teología ha llegado a alcanzar la primacía. Ciertamente, la renovación iniciada en el siglo xix ha dado sus frutos, pero también han hecho acto de presencia fermentos y factores de crisis. Y, en general, puede decirse que la teología – y algo parecido ocurre respecto al pensamiento filosófico y a otras ramas del saber especulativo – no ha conseguido fijar con nitidez su rumbo.

En conjunto el balance que traza Juan Belda es positivo. Al final de la introducción se pregunta: «¿Qué decir de la pretendida renovación de la teología católica? ¿En qué situación nos encontramos en el presente? ¿Hemos salido de la postración teológica que data de la Ilustración racionalista?». A continuación esboza una respuesta, de la que podemos reproducir una parte: algunas grandes figuras «nos han legado una obra teológica importante, que es cada vez más conocida e influyente en los diversos ámbitos eclesiales y pastorales. La *paja* que pudiera haber mezclada con el *trigo* ya voló; con el paso del tiempo, sólo queda el trigo bueno. Ahora toca crecer y desarrollar esa buena simiente. El tiempo teológico es lento pero el porvenir esperanzador se vislumbra en el horizonte» (pp. 20-21). Tal vez ese diagnóstico pueda parecer demasiado optimista, pero aún así lo compartimos.

J. L. ILLANES

F. COSENTINO, *Immaginare Dio. Provocazioni postmoderne al cristianesimo*, Cittadella, Assisi 2010, pp. 160.

DALL'AREA della teologia fondamentale emerge sempre con più forza la necessità di avviare una riflessione squisitamente teologica sulla postmodernità per meglio capire quale figura di cristianesimo possa godere di credibilità nel complesso frangente culturale attuale. L'opera *Immaginare Dio. Provocazioni postmoderne al cristianesimo* procede nell'alveo di queste preoccupazioni. Francesco Cosentino, docente della Pontificia Università Lateranense, intraprende con audacia una lettura critica della postmodernità per ricavare fra le sue crepe validi stimoli con cui ridisegnare l'immagine di Dio.

Proviamo a segnalare alcune delle premesse che sostengono la sua riflessione. C'è innanzitutto la convinzione che la fede richieda in ogni epoca un adeguato discernimento dei segni dei tempi: poiché «questo è il momento favorevole» (2Cor 6,3) sarebbe incompleta una teologia che prescindesse dal contesto storico; bisogna invece penetrare criticamente quel contesto per raggiungere una formulazione della fede comprensibile ai credenti e che richiami i non credenti. Lungo le pagine del libro la teologia dell'ultima modernità viene più volte accusata di essersi sottratta a questo confronto. Il risultato sarebbe stato una teologia astratta, lontana dalla sensibilità della gente, e quindi colpevole delle difficoltà attuali del credere. L'autore si dichiara convinto che la teologia che non ascolta il presente diventa parola irrilevante: la postmodernità, più che un fenomeno da